

LOS AÑOS SESENTA

LA DÉCADA DE

NOS lo vienen diciendo hace mucho tiempo (Camus, Sartre, Beckett, Ionesco, Genet): vivimos en el absurdo, lo fabricamos nosotros mismos, el universo carece de sentido. Hemos perdido la posibilidad de comunicarnos unos con otros (Antonioni). Somos oficialmente desgraciados (Koestler: «En una época de transición, nadie tiene derecho a ser feliz»). Nos lo repiten incesantemente (Mailer, Ginsberg): hemos ahogado la espontaneidad, hemos roto al hombre. Somos los creadores de una sociedad cruel (Albee, Pinter), la sociedad está ferozmente condicionada por el culto y el dominio de la forma (Gombrowicz), de manera que lo concreto y lo vital se sacrifican a lo abstracto. Nos lo habían dicho hace ya siglos: la vida

no es más que «una historia de furor y ruido contada por un idiota» (Shakespeare). No debíamos, por lo tanto, sorprendernos. Lo habían anunciado los profetas. En la década de los sesenta comenzó a extenderse por el mundo el insistente rumor de que las cosas iban mal. Un cierto malestar se apoderó de las gentes. Parecía que se había perdido el control de la vida. No sólo por parte del individuo, sino de las sociedades organizadas.

Al principio todo iba bien. Europa estaba en manos de grandes y poderosos ancianos, con mano y mente de hierro. En 1960, Adenauer tenía ochenta y cuatro años; De Gaulle, sesenta y nueve; Macmillan, sesenta y cinco. Todos ha-



HARO TECGLÉN

LA TRANSICIÓN

bían ido a la escuela el siglo pasado. Como Tito, como Gronchi como Krutchev. Pero, fuera de Europa, comenzaban a apuntar los «hijos del siglo». Ben Bella había nacido en 1916; Fidel Castro, en 1926; John F. Kennedy, en 1917; Patricio Lumumba, en 1925.

Patricio Lumumba pronunciaba, en 1960, su primer discurso oficial, ante el Rey Balduino, que llevaba al Congo las palabras de independencia. Habló de «la humillante esclavitud que nos ha sido impuesta por la fuerza», y advirtió que respetaría «las vidas y los bienes de los extranjeros», pero que «si la conducta de esos extranjeros no es la debida, nuestra justicia les expulsará inmediatamente». Le

—>

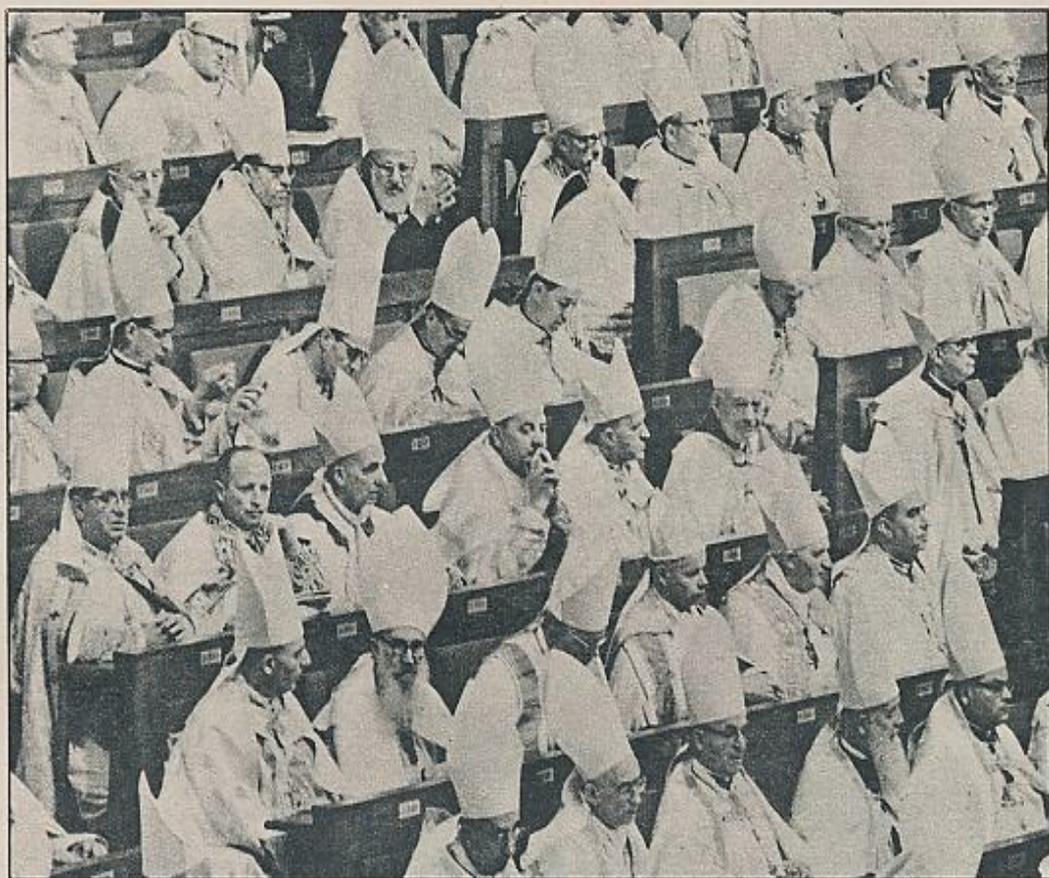


LA DÉCADA DE

quedaba un año de vida. Iba a morir a manos de otros congoleños. En aquel momento, Ben Bella estaba aún en una prisión francesa. Condenado a muerte. Saldría de ella en 1962 para ser primer ministro de su país. Ocuparía el cargo tres años: otros argelinos le arrojarían al fondo de una prisión desconocida. Nunca más se ha sabido directamente de él.

John Fitzgerald Kennedy fue elegido en 1960 Presidente de los Estados Unidos. Quince días después de que Lumumba pronunciase el discurso de la independencia, Kennedy pronunciaba el de la «Nueva Frontera». «No es una serie de promesas, es una serie de problemas. No resume lo que tengo la intención de ofrecer al pueblo americano, sino lo que tengo la intención de pedirle. Promete más sacrificios, y no más tranquilidad. Más allá de esta "Nueva Frontera" se extienden los campos inexplorados del espacio y de la ciencia, los problemas no resueltos de la guerra y de la paz. Hay sacos de ignorancia y de prejuicios ridículos que no hemos eliminado». Kennedy anunciaba un abandono de la línea imperialista: «Debemos enfrentarnos con el hecho de que los Estados Unidos no son omnipotentes ni omniscientes, que sólo constituimos el seis por ciento de la población mundial, que no podemos imponer nuestra voluntad al restante noventa y cuatro por ciento de la humanidad, que no podemos eliminar todas las injusticias ni superar todas las adversidades y que, en consecuencia, Norteamérica no puede resolver todos los problemas que en el mundo existen». Tres años después, Kennedy moría asesinado a manos de otros americanos.

Fidel Castro todavía no era un «poster». Aún la barba no era una bandera de rebeldía para uso de la juventud. En La Habana, donde Fidel Castro se había instalado el año antes, había todavía un embajador de los Estados Unidos que esperaba ver surgir por debajo del uniforme guerrillero la silueta más cómoda del antiguo alumno de los jesuitas del Colegio de Belén. El embajador informaba a Washington que Fidel Castro representaba una reacción de-



Juan XXIII abrió la fase del «aggiornamento».

Los años sesenta comenzaron con grandes ilusiones. La

mocrática contra la dictadura de Batista y que, con la ayuda de los Estados Unidos, Cuba podría ser un régimen abierto y tolerante. Pero en Washington imperaba aún el general Eisenhower. El mismo mes en que Kennedy anunciaba la «Nueva Frontera», Eisenhower decidía reducir en setecientas mil toneladas el contingente de azúcar que los Estados Unidos compraban a Cuba. Los compró la URSS. Todavía tardaría un año —después de la intona de desembarco en Bahía de los Cochinos— en decir una frase famosa: «Yo soy marxista leninista». Llevaba entonces más de dos años en el poder.

DOS voces del grupo senatorial europeo se alzaron para sumarse a lo que todavía era sensación de relevo, de cambios de mentalidades, de renovación. Hablaban desde polos ideológicos opuestos. Tenían algo en común: representaban instituciones que habían estado cerradas y que parecían abrirse. Nikita Krutchev había iniciado la destalinización en 1956, durante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. El «deshielo», la anulación del «culto a la personalidad», la «coexistencia pacífica», estaban abriendo caminos a un sistema político que se había

esclerotizado. Juan XXIII había ascendido al papado en 1958. Pretendía una puesta al día, un «aggiornamento» de la Iglesia católica. Suyas eran estas palabras: «Todo ser humano tiene derecho al respeto de su persona, a su buena reputación, a la libertad en la investigación de la verdad, en la expresión y en la difusión del pensamiento, en la creación artística, una vez a salvo las exigencias del orden moral y del bien común. Tiene derecho, igualmente, a una información objetiva». Juan XXIII murió en 1963, al mes y medio de publicadas estas palabras. Krutchev fue desposeído de su cargo en octubre de 1964.

LA TRANSICION



La independencia del Congo costaría mucha sangre.

descolonización liberaba velozmente un país tras otro.

EL diálogo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos se entabló por primera vez con un aspecto constructivo entre Krutchev y Kennedy. En 1960, Krutchev realizó la acción de política internacional más espectacular de su biografía. En París, donde debía celebrarse una conferencia entre los «Cuatro Grandes», denunció a los Estados Unidos de deslealtad. Un avión-espía norteamericano había sido derribado en el cielo de la URSS. Eisenhower falló, mintió, se contradujo. Un año después, Krutchev y Kennedy dialogaban sobre un fondo de cañones, bar-

cos de guerra y cohetes atómicos. Era la «crisis del Caribe». Sobre este diálogo de los dos prohombres se estableció la iniciación real y práctica de la coexistencia pacífica.

Se estableció una línea directa entre el Kremlin y la Casa Blanca, se firmó el Tratado de Moscú, sobre prohibición de ensayos atómicos. Una serie de caciques de la guerra fría comenzaron a caer. Primero fue Adenauer, sustituido por Erhard. Pocos días después, Macmillan, el triste Macmillan, al que heredaba el frívolo y humorista aristócrata Douglas-Home. En Saigón, el dictador terrorista Ngo Dinh Diem era derribado y, poco

después, asesinado. Sólo unos días después era asesinado Kennedy.

ESTOS años sesenta comenzaron con grandes ilusiones. La descolonización liberaba velozmente un país tras otro. En 1960, Gran Bretaña se fue de Somalia y de Nigeria. En 1961, de Tanganyika y Sierra Leona. Uganda, en 1962; Zanzibar, en 1963. Luego Kenya, Malawi, Zambia, Gambia... En 1960, Francia legislaba que las naciones de su Comunidad podían elegir su independencia. El Congo (Brazzaville), Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta, Mada-

gascar, Malí, Mauritania, Níger, el Senegal, el Chad, se separaban de la metrópoli francesa. Túnez y Marruecos eran ya independientes, Indochina había ganado su guerra, Argelia iba ya a ganarla. Inmediatamente sobrevendrían los golpes de estado. Los coroneles, iban a aparecer los coroneles. Saltarían el Mediterráneo para llegar a Grecia. Aparecería una palabra: neocolonialismo. La inventó el Presidente Soekarno, de Indonesia, el hombre que había albergado y patrocinado la conferencia de Bandoeng en 1955, donde se creó el «afroasiatismo». Soekarno clamó apasionadamente contra el «neocolonialismo multiforme», contra el «problema dramático» de las diferencias de nivel de vida entre países ricos y pobres. En 1965, Soekarno retiró a Indonesia de la ONU, como protesta. En 1966 un golpe de estado limitaba sus poderes, le hacía prisionero en su propio palacio y, finalmente, le excluía del país. Se dice que el movimiento y la represión de las fuerzas populares necesitaron quinientos mil asesinatos. En 1965 se debía celebrar en Argel un «segundo Bandoeng», una reunión afroasiática que reanudase el esfuerzo de los neocolonizados. En la víspera, Ben Bella fue derribado y la conferencia se aplazó para noviembre. No se celebró jamás. En el mismo año de 1965, una revuelta democrática había estallado en Santo Domingo, en nombre de Juan Bosch, contra la junta militar dictatorial. La llegada de «marines» y paracaidistas de los Estados Unidos sostuvo a los dictadores. En el movimiento y su represión se hicieron más de mil muertos.

EL stalinismo, probablemente, era algo más que una fórmula totalitaria del comunismo. Era un sistema de relaciones entre países socialistas, entre partidos comunistas. Para muchos millones de seres en el mundo, era la única vía posible para resolver los problemas de clases sociales. Al barrer el stalinismo, el Partido Comunista de la URSS dio, sin duda, un gran paso adelante en la humanización del marxismo, en la utilización de las libertades individuales y colectivas en su país, en la suavización de las

LA DECADA DE

relaciones internacionales. Al mismo tiempo, sin proponérselo, modificó sustancialmente las relaciones entre la URSS y los otros países socialistas, abrió una brecha en la unidad mental de los militantes comunistas. Cuando ha querido enmendarlo, era ya tarde. Antes, la dirección o la inspiración desde Moscú se veía como el magisterio de un partido experto, sufrido, nutrido por toda clase de experiencias, motivado en una unidad revolucionaria mundial. Ahora se ve como la aspiración nacionalista de un país, la URSS, a sostener la hegemonía sobre naciones y grupos para prevalecer como primera potencia mundial. En 1960, el comunismo teórico comenzó a tener dos cabezas visibles. En ese año se publicó en Pekín, con el título «Viva el leninismo», un libro en el que se discutían las tesis del XX Congreso —la coexistencia pacífica, la posibilidad del paso pacífico del socialismo al capitalismo—. En 1963, China declara que el centro de la lucha está en las naciones oprimidas de Asia, África y América. La crisis de las Caribe sirve para denunciar la actitud soviética que «frena las luchas revolucionarias». En octubre de 1964 cae Krutchev: al día siguiente los chinos hacen estallar su primera bomba atómica. Un poco antes, el comité central del partido comunista rumano hacía una declaración oficial: «El Estado es único e indivisible. No se pueden extraer partes o secciones para transferirlas al exterior». Era una primera y tímida declaración de independencia. Ya Yugoslavia se había independizado en 1948. Y Albania se había declarado «china» en 1961. En 1965, Bulgaria conocería un «putsch» titista, sin éxito. Y Checoslovaquia había repudiado a los stalinistas y había rehabilitado a los antiguos condenados políticos. Ya Hungría persiguió, en 1962, a los stalinistas Rakosi y Geroe. Togliatti, el viejo militante italiano, extrajo de todo ello consecuencias teóricas que escribió en un documento, llamado «Testamento de Togliatti» (mal llamado, porque Togliatti no sabía que iba a morir. Escribió una carta a Krutchev con



El Rey Balduino con delegados congoleños; Lumumba, en el centro.



J. F. Kennedy, en Berlín, con Willy Brandt y Conrad Adenauer.



Ben Bella, en La Habana, con Castro y Dorticós.

sus puntos de vista). Togliatti expresaba la tesis del «policentrismo». Trataba de crear unos conjuntos regionales: la zona de Europa occidental, la de Europa del Este, la de Asia y los países subdesarrollados. En cada una de estas zonas, el comunismo debía tener un rostro distinto, unas fórmulas distintas, para hacer frente a situaciones sociales, económicas e históricas distintas. De esa apertura de Togliatti, se ha pasado a la de un «comunismo de las patrias». La tesis no ha sido aceptada como tal y, sin embargo, de hecho funciona así. El comunismo vietnamita funciona como una revolución en acción, mientras que el francés, al presentarse a las elecciones presidenciales, eliminó de sus programas no sólo la palabra revolución, sino la misma palabra comunismo, excluyó la nacionalización de las pequeñas industrias, prometió el respeto de la transmisión de capital hereditario... Entre estos dos polos, caben todos los matices. Sin embargo, cuando Checoslovaquia trató de seguir la vía de un «socialismo en libertad», fue invadida por las tropas del Pacto de Varsovia y fueron depuestos y sustituidos sus dirigentes.

...

UNA notable confusión, una considerable sensación de absurdo, se ha producido como consecuencia de esta sucesión de aperturas y cierres. El lenguaje no ha evolucionado a tiempo, los conceptos se han podrido, la semántica se ha distorsionado. La línea de retroceso Kennedy-Johnson-Nixon ha

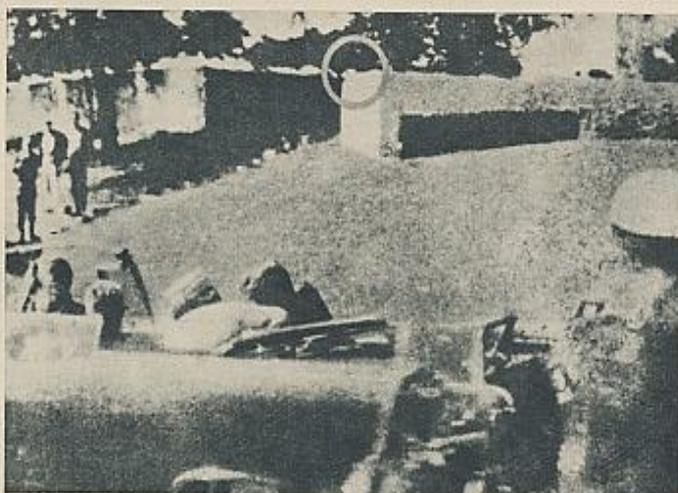
Una notable confusión, una considerable sensación de absurdo, se ha

LA TRANSICION

dejado en el mayor desamparo a quienes confiaban en las fórmulas del «mundo libre», de la «defensa de las libertades», del «humanismo de la democracia». En la mayor parte del mundo llamado occidental se ha sostenido esta corrupción de lenguaje. Se han corrompido, simultáneamente, los sistemas. Se han conservado las cáscaras democráticas, que suponen una participación popular en la decisión política: elecciones, Parlamentos, partidos políticos, prensa sin censura. Pero todas estas instituciones se han ido rectificando, deformando, oprimiendo de forma que sean irreales. De forma que, a la hora de votar, el electorado no pueda elegir más que entre Humphrey o Nixon, entre Wilson o Douglas-Home, entre Pompidou o Poher, entre Klesinger o Willy Brandt. Entre formas alotrópicas de un mismo poder. El ciudadano comunista no sabe bien si el stalinismo ha desaparecido o no, y el militante comunista ha perdido la noción de carácter científico del marxismo. La palabra «revolución», el estudio de las «vías ineluctables hacia el socialismo», sigue siendo la semántica de la URSS, pero los revolucionarios del mundo se encuentran solos. El creyente católico ha perdido de vista a sus pastores. No sabe cuáles son los «buenos» y cuáles los «malos».

...

HAY, por lo menos, dos actitudes principales ante la expansión de la confusión. Hay una actitud conformista. Es la que nutre aquello que se ha llamado «la sociedad de consumo». En esta década, ha di-



John F. Kennedy es asesinado en Dallas...



Y Martín Lutero King en Memphis.



Che Guevara, ya mito.

cho Sartre: «Somos poseídos por las cosas que poseemos. Cuando me gusta un objeto, siempre se lo doy a otra persona. No es por generosidad, es sólo porque quiero que sea otro, y no yo, el esclavizado por el objeto». Pocos practican esta técnica del regalo envenenado. Pocos saben que ese extraño malestar que sienten por la mañana, a la hora de levantarse, a la hora de tener que izar el peso de un nuevo día, nace de su lucha dialéctica con el objeto entronizado por la sociedad de consumo. Ser conformista, antes, era un camino excelente para ser feliz. Ya no. La otra actitud es la de la protesta. La protesta puede tener varios rostros. Es una actitud propia de occidente. Los otros pueblos, los pueblos oprimidos por el hambre, están en una necesidad insuperable y producen la revolución. La protesta va desde la pasividad de «hippies», «beatniks» y afines, a las barricadas de París en 1968. Va desde una canción a una piedra, desde una piedra a un cóctel Molotov. Desde la evasión por la droga a la lucha cuerpo a cuerpo con un policía. La actitud común que comprende a todos los que practican de una forma u otra la protesta es la de considerarse «excluidos del sistema».

...

QUE es el «sistema»? Es toda la manipulación de los instrumentos de participación, de dirección y de expresión que ha conducido a su falseamiento. Es una especie de pacto entre el poder «oficial» y la oposición «oficial». El partido comunista francés fue acusado como participante en el «sistema» en mayo de 1968, cuando repudió las revueltas y trató de obturar las huelgas obreras. La posición de «fuera del sistema» ha podido ser confundida durante algún tiempo con el anarquismo, puesto que parecía repudiar los poderes. Sin embargo, no es el anarquismo. Se suele decir que los enemigos del «sistema» son los discípulos de Marcuse. En realidad, Marcuse no ha pasado de ser un descriptor del males-

→

producido como consecuencia de la sucesión de aperturas y cierres.

LA DÉCADA DE

tar en las sociedades contemporáneas como consecuencia de unas culturas que no considera solamente represivas, sino superrepresivas, sin que ninguna necesidad real les fuerce a serlo. No es sólo Marcuse quien ha expresado la profundidad de este malestar. En esta década se ha exhumado a Wilhelm Reich. Fue el profeta de la «revolución sexual». Para Reich, heterodoxo de Freud —expulsado de la sociedad de psicoanálisis, del partido comunista, de su país, de Escandinavia y encarcelado en Estados Unidos, donde murió, mientras se quemaban sus obras—, la sociedad es represiva, pero cuando habla de represión se refiere a la represión sexual. Se reprime la sexualidad, porque «es la más temible de las fuerzas de libre acción social». La «pareja para la eternidad» es «un mito reaccionario cuyo fracaso es percibido por el individuo como disimulado por la sociedad».

EN 1957, las autoridades sanitarias de los Estados Unidos —la «Food and drugs»— autorizaron la venta del Enovid. En la década de los sesenta, la difusión de los contraceptivos orales se ha hecho universal. Se venden millones al día, mientras se extienden y experimentan otros sistemas contra la natalidad. En Gran Bretaña y en otros países se han legalizado algunas fórmulas de aborto. Los contraceptivos se explican en los países que los producen y exportan por la necesidad de poner un freno a la demografía galopante de los países subdesarrollados. Pero en las sociedades desarrolladas occidentales se emplean, probablemente, en mayor medida. Son un arranque de la «revolución sexual». La natalidad ilegítima era uno de los frenos a esa revolución, puesto que hacía visible, y fácilmente punible —si no por las leyes, por los mecanismos autónomos de la sociedad condenatoria— la vulneración de la norma. Las cifras de la natalidad ilegítima han descendido en todo el mundo. La «revolución sexual», sin embargo, no se ha desarrollado con la velocidad con que se inició. Es más bien una evolución. En ciertos grupos predisuestos ha avanzado con mayor velocidad. En Dinamarca



Santo Domingo, ocupado por los «marines».



La lucha por los derechos cívicos en U. S. A.



Un general sudvietnamita que mata a sangre fría.

se ha autorizado la pornografía —dicen que han disminuido desde entonces los delitos sexuales—, en otros países escandinavos se han abolido las leyes represivas. En algunos puntos de los Estados Unidos se ensaya la «sexualidad de grupo». En Italia se ha suprimido la ley que perseguía el adulterio y el con-

LA incidencia sociológica que se sospecha de este acontecimiento no se ha producido enteramente. En los albores de la década, Arnold J. Toynbee proclamaba que estábamos en la época de la liberación de lo que consideraba tres sectores oprimidos de la humanidad: los pueblos colonizados, la juventud y la mujer. El neocolonialismo (infravaloración de las materias primas, envío de cuerpos expedicionarios, golpes de estado, guerras interiores, problemas tribales) ha cortado la gran expansión de las nuevas naciones. El hambre sigue siendo compañera de los pueblos sin desarrollo y sin revolución. La mujer sigue conquistando puestos de trabajo y libertades sociales, pero esta progresión es muy lenta y se sigue debiendo a los movimientos de necesidad producidos en las guerras mundiales (los hombres combatientes, las mujeres ocupando sus puestos de retaguardia). La sospecha de que el hombre iba a «desvirilizarse» como consecuencia de que el control de nacimientos dependería exclusivamente de la mujer y de que ésta, económicamente independiente, podría elegir compañero sin necesidad de fijarse en el más fuerte, el más rico o el mejor situado en la lucha por la vida, no se ha confirmado aún o es incipiente. La teoría del «unisexo» no ha trascendido de la moda. En cuanto a la juventud, a pesar de erizarse de barricadas y pasar a la ofensiva, ha realizado escasas conquistas materiales. En ningún país es reducida la edad de votar, que sigue siendo la de veintiún años, en ningún país se ha sustituido el servicio militar obligatorio por el ejército voluntario (aunque las dos medidas están en estudio en varios), en ningún país se ha conseguido la participación directa de los jóvenes en cuestiones públicas.

LA TRANSICION



El fin de la primavera de Praga.

EL malestar, la protesta, han alcanzado su punto máximo en los Estados Unidos, aunque no hayan alcanzado la espectacularidad fulgurante de Francia en mayo de 1968. Es una sociedad desmoronada y rota. Para algunos convencidos de la fatalidad spengleriana de la historia, se trata del cumplimiento del ciclo imperial: después de un punto máximo, viene a declinar inevitable. Hay quien cree que el hecho está en relación directa con el asesinato de Kennedy, que conmocionó a una sociedad que se creía perfecta. La mayor parte la ve en relación con la guerra del Vietnam. Y con la opresión de los negros. Pero no es la primera vez que un Presidente americano cae muerto a balazos, que los Estados Unidos se ven envueltos en una guerra colonial injusta, que se persigue a los negros. Lo que ha ocurrido es que durante un tiempo se ha tenido la sensación de que la violencia, el uso de la fuerza entre Estados, la opresión racial, el colonialismo, la discriminación por edad y sexo, la perpetuación de las clases sociales, habían terminado definitivamente. Cuando en la década de los sesenta se ha visto que estas situaciones se perpetuaban, solamente que disfrazadas, se ha producido la reacción. Siendo

los Estados Unidos cabeza de un imperio, el malestar se ha producido en todas las regiones imperiales del mundo.

SE podría decir que esta ha sido la década de la protesta. Otros preferirán considerarla la década de la Luna. Para muchos será la era

de la comunicación de masas como consecuencia del enorme desarrollo de la televisión, el radio y la nueva utilización de la prensa. Se la puede llamar la década de los caminos perdidos: en las líneas que anteceden queda muy patente cómo todo nuevo intento de renovación y de aventura del hombre fue rá-

pidamente cortado. En su sentido más estricto, es una década de transición. Nada de lo que ha sucedido ha sucedido en vano, todo tendrá su reflejo en los años siguientes. Pero de transición, ¿hacia dónde, hacia qué? Se ha perdido, en cierta forma, el sentido del futuro. Podría considerarse que es una era de transición hacia la transición. Es decir, que la transición que comienza en los años sesenta puede llegar a ser un estado perpetuo. Todo está en causa y en discusión, todos los valores son inestables, todo gran hombre es revisable, todo dogma se puede deshacer. Prácticamente, es una actitud científica. Pero el hombre se había instalado durante siglos en la comodidad de unos puntos fijos de referencia con respecto a los cuales ordenar su vida con un sentido de prolongación. Le cuesta, ahora, un enorme trabajo adecuarse a esta nueva ley de la provisionalidad. Quizá sea su mayor conquista, quizá sea, por primera vez en la historia de la humanidad, la aparición de la libertad como posible. Por el momento, percibe el «miedo a la libertad» que ya ha señalado algún pensador (Erich Fromm). Por el momento percibe una sensación de malestar vago, de ansiedad, de absurdo, de incoherencia. ■ H. T.

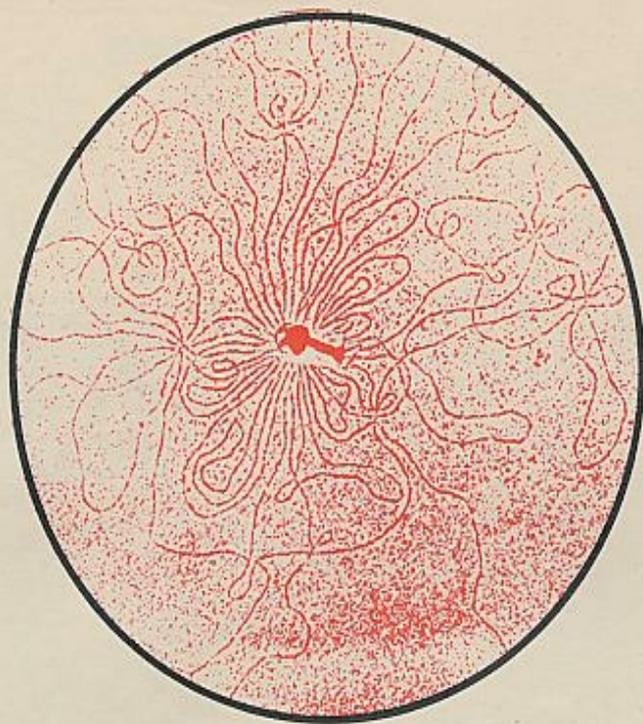
Las conquistas materiales de la juventud han sido escasas a pesar de erizarse de barricadas y pasar a la ofensiva.



La tesis de Togliatti —una fórmula comunista para cada país— no fue aceptada.



Marcuse se limitó a describir el malestar existente en una sociedad superrepresiva.



EL HOMBRE MODELO 2000

EN el número del 11 de febrero de 1939, la revista inglesa «Nature» publicaba una nota científica de poco menos de una página, cuyos autores eran Lise Meitner y O. R. Frisch, miembros, respectivamente, de los Institutos de Física de Estocolmo y Copenhague. El título de la nota era: «Desintegración del uranio por parte de los neutrones: un nuevo tipo de relación nuclear». Entonces la opinión pública y los hombres políticos se interesaban mucho menos que hoy por cuanto ocurría en los laboratorios científicos. Los institutos universitarios, por otra parte, no daban publicidad a sus actividades. El descubrimiento de la fisión del núcleo del átomo de uranio ha sido dado a conocer por las agencias de prensa, porque en la actualidad la ciencia «es noticia». Sin embargo, puede resultar difícil para el lector valorar el significado de tal o cual descubrimiento, puesto que su atención es distraída por el ininterrumpido sucederse de novedades constantes, quizá por la justificada tendencia del periodista a poner de relieve la última noticia llegada, simplemente por el hecho de ser la más reciente.

La situación de la biología molecular actual es, en cierto modo, comparable a la de la física atómica hace una treintena de años. Después de unos heroicos decenios, en el transcurso de los cuales los grandes descubrimientos experimentales y teóricos se han producido a un ritmo creciente, hasta alcanzar una comprensión, si no definitiva —puesto que en la ciencia nunca se dan situaciones de este tipo— sí bastante satisfactoria, de la estructura de la materia inanimada y del material hereditario, ahora se están dando los primeros pasos encaminados a la utilización de aquellos conocimientos.

Mi primera publicación científica llevaba como título «El gene modelo 1935». Entonces, sólo los más entusiastas estudiosos de los mecanismos de la herencia estaban dispuestos a atribuir una importancia a aquel símbolo, bajo el que se ocultaba una concepción abstracta, a la que se llegaba únicamente por la vía del razonamiento. En términos muy simplificados, las cosas estaban como sigue: en ciertos organismos, especialmente favorables a la experimentación de

laboratorio, se había logrado distinguir algunas decenas o centenares de características visibles heredadas de una generación por la sucesiva como entidad independiente. Ahora se admite que a cada una de ellas corresponde una partícula material de la célula, a la que se da el nombre de gene. Este gene nadie lo había visto, y hace veinte años la esperanza de individualizarlo y de conocer su constitución química parecía lejanísima. Pero la hipótesis de su existencia era la única que permitía interpretar racionalmente el cada día más rico haz de datos experimentales. Entonces, en 1935, la mayor parte de los biólogos creían que el gene era un injustificado producto de la ferviente fantasía de los genetistas.

Una bacteria a la medida

En la posguerra, los acontecimientos se precipitaron. Con el desarrollo de la genética de los virus bacteriales y de las bacterias, a raíz de la demostración

de que el material hereditario consistía en una única sustancia, aunque enigmática —y el ácido deosiboronucleico o DNA—, y el subsiguiente ataque por parte de los químicos, de los físicos y de los biólogos, se llegaba, en 1953, al descubrimiento de la estructura química de aquella sustancia. Tal estructura, tal modelo de la molécula de DNA, consistía en reinterpretar en clave nueva la inmensa cantidad de los datos que los genetistas habían ido recogiendo durante decenios. Podía decirse, sin temor, que el gene estaba hecho de DNA, pero aún no se había logrado comprender cuáles eran las características funcionales de aquellas partículas hereditarias. Pero en poco más de diez años también este secreto quedaba aclarado.

La etapa siguiente era aún más fascinante. Era previsible que, antes o después, alguien intentaría aislar o fabricar genes. Beckwith y sus colaboradores lograron aislar de la bacteria «escherichia coli» —el material clásico de la genética bacteriana— el gene que le permite la utilización del azúcar lácteo; Korana y sus colaboradores, en la Uni-